

La Gatera de la Villa

Número 1 / Diciembre de 2009



Foto: Barómetro de la Casa de la Panadería
Autor: Juan Antonio Jiménez Torres

■ El Sastre Utrilla o La Elegancia de Madrid

■ El Hospital de mujeres incurables

■ Un episodio de la Guerra de Independencia: El Hambre en Madrid

■ Perico Manguela o el arte de la esgrima económica

Presentación de la Gatera de la Villa



¡Miau!, digo bienvenidos a La Gatera de la Villa, lugar de encuentro donde un grupo de amigos nos juntamos para hablar de Madrid.

Hijos y amantes de Madrid, sin que ambas cualidades impliquen una tortuosa relación incestuosa con la ciudad objeto de sus deseos, simultaneamos esta gran afición con profesiones escasamente relacionadas con el ámbito de la historia, del arte, de la enseñanza o del mundo académico en general.

No obstante y puestos a enumerar algún pequeño mérito y trayectoria curricular que justifiquen en cierta medida la osadía de crear la presente revista, podemos informaros que entre los componentes de La Gatera de la Villa se encuentran socios y cofundadores de asociaciones culturales como «Amigos del Foro Cultural de Madrid» o la «Asociación Cultural Barrio La Fuentecilla» -ambas de interesante trayectoria y con cierto peso específico dentro del mundo cultural madrileño. Además, entre nosotros, gatos inquietos, puedes encontrar quienes han organizado –y organizan- visitas guiadas por las viejas calles del Madrid más antañón, quienes han escrito y publicado libros o colaborado en revistas como «Madrid Histórico» o «La Ilustración de Madrid», quienes han impartido conferencias e incluso los hay que han aparecido en cadenas de radio y televisión, como son COPE -reclamando la memoria olvidada de D. Ruy González de Clavijo-, ESPAÑA DIRECTO de TVE -denunciando las insalubres condiciones en que hasta hace poco tiempo mal sobrevivía un amplio grupo de indigentes junto a la Muralla árabe de nuestra ciudad- y en emisoras de televisión local comentando aspectos variados de la cultura madrileña, como las fiestas de la Almudena, la trayectoria histórica de nuestros entrañables y añorados serenos, etc.

Ahora que ya nos conoces un poco más déjanos hablarte de nuestro blog. Nace este proyecto con la pretensión de divulgar algunos de los múltiples y variopintos aspectos que ofrece nuestra ciudad y su Comunidad. No queremos cargar nosotros solos con la responsabilidad de esta empresa, por lo que requerimos de tu participación; así que ámate y comenta lo que te parezca cada uno de los artículos que lees y contribuye tú también a enriquecer los fondos del blog con tus artículos.

Y como es de gatos bien nacidos el ser agradecidos tenemos que decirte que todo este tinglado ha sido gracias a Juan Antonio, que ha permitido que Fotomadrid nos haya dejado abierta una puerta –una gatera– por donde colarnos para dar cabida a este proyecto.

Saludos y sed bienvenidos.

02 | Presentación

04 | Crónicas desde mi azotea o No es tan fiero el león como lo pintan



Crónicas desde mi azotea o No es tan fiero el león como lo pintan

15 | Madrid. Guía Visual de Arquitectura



06 | El Sastre Utrilla o la Elegancia de Madrid

08 | El Hospital de mujeres incurables



El hospital de mujeres incurables

16 | La Calle de Chopa



La calle de Chopa

11 | Perico Manguela o el arte de la esgrima económica

12 | Un episodio de la Guerra de Independencia: El hambre en Madrid



Un episodio de la Guerra de Independencia: El hambre en Madrid

18 | Monumento a Juan Bravo Murillo

19 | Casa Palacio de Ricardo Angustias



Monumento a Juan Bravo Murillo

20 | Colabora con la Gatera de la Villa

Crónicas desde mi azotea o No es tan fiero el león como lo pintan

Texto: Pablo Jesús Aguilera

Foto: Alejandro Blanco

Puede que mi porte no luzca tan vistoso como los empingorotao de mis primos de las Cortes, siempre presumiendo de su pasado melitar, o como el de los relamiós de mis primos de la Cibeles, más hinchaos que un buñuelo y to' porque van tirando del carro de la diosa, cosa que no me paece seria y más propia de caballerías u similar. Y no es que uno carezca de motivos pa' presumir, pues sepan, señores, que yo desciendo na' más y na' menos que de un santo. Eso por no hablar del agua de mi fuente. Mejorcita no la había en to' Madrí. ¡Si hasta en una zarzuela lo decían: "¡Agua de la fuentecilla, la mejor que bebe Madrid!"!

Pues aquí donde me ven llevo luciendo percha ya la friolera de doscientos años, pero no se vayan ustés a creer que por eso sea uno un carca, que entavía estoy hecho un chaval y no pasa moza por delante mi azotea sin que se vaya acompañá de un par de piropos. Mis vecinos del prencipal, un dragón y oso, envidian mi sitio privilegiao y el uso y disfrute que del mismo hago. Yo me pongo a hacer 'lucubraciones y les digo: "Sí, sí, ustés pueden ser to' lo heráldicos que quieran, pero digo yo que si la autoridá competente me puso a mí en la azotea por algo sería, ¿no?".

Y lo entretenió que se me pasa el día, viendo al prójimo pasar calle pa'riba calle pa'bajo. Amos que no pierdo guipa y me entero de to' cuanto pasa en el barrio. ¡Y la de cosas que uno ha visto en tos' estos años, puf! Algunas han pasao a mejor vida, como aquellos tranvías que transitaban justito por aquí delante, arrastraos por mulas hasta que fueron jubilás por el fluído léztrico - uséase la liztricidad - , o los serenos que, aparte su función social y pública respeto a la vecindá, me hacían mucha compañía, pues sepan ustés que las estatuas por naturaleza propia no pegamos ojo en toa' la noche, y nos la tiramos en plan búho o lechuza, que pa' el caso es lo mismo.

No les voy a negar que echo de menos los tiempos en que mi fuente era visita obligá de aguadores, de chiquillos y chulapas con su falda de céfiro y su pañuelo de crespón. ¡Cuánta vida, cuánto bullicio a mi alrededor! Y risas, y discusiones, cotilleos y algún que otro romance... Pero ese invento diabólico del agua corriente nos ha dejao a las fuentes un poco abandonás.

Y qué les voy a contar de mi barrio. Más castizo no lo hay, y de sus gentes pa' qué

hablar. Ya pu'en hacerme ofertas que yo de aquí no me muevo. ¡Amos, que no me cambio ni por el león de la metro goldín meyer! Pero cuando más bonito está el barrio es en las fiestas de agosto, en plena canícula, cuando con más fuerza sacude el lorenzo. Entonces sus calles y balcones se engalanan que pa' qué más, el aire se llena de alegría y hasta suena algún que otro chotis y pasodoble arrancaos de un organillo que da gusto escucharlo. ¡Que si no fuera porque uno es de piedra y tie' que aguantar el tipo me iba de verbena! Eso sí, cuando pasa la patrona siempre la saludo humilde y con devoción, y ella me devuelve el saludo sonriendo, porque también los animales, incluso los más fieros, tenemos un huequecito en su corazón.

En fin, señores, que no les agobio más, que tendrán ustés cosas que hacer. Mis amigos me conocen por Ramón y ya saben dónde encontrarme: en to' lo alto de la Fuentecilla, en plena calle Toledo.

NOTA DEL AUTOR

La Fuentecilla se alza en el cruce de las calles Toledo, del Humilladero y de La Arganzuela. Levantada como monumento conmemorativo del regreso de Fernando VII, al igual que la Puerta de Toledo –obras ambas del arquitecto Antonio López Aguado–, su pilón proviene de la fuente de la Abundancia, que se erigía en la Plaza de la Cebada. El león –Ramón, como se le conoce popularmente entre los vecinos del barrio– fue esculpido utilizando material de la estatua de San Norberto –de ahí la ascendencia a la que alude Ramón– que se encontraba en el convento de Premostratenses, destruido durante la ocupación francesa. El dragón –o grifo– y el oso, los vecinos de Ramón, son los animales que han venido poblando el escudo de Madrid desde su orígenes. El agua de la que se surtía la fuente provenía del arroyo del Abroñigal.

La Fuentecilla fue declarada como Bien de Interés Cultural en la categoría de Monumento en 1997.

Información extraída de <http://www.monumentamadrid.es>

El Sastre Utrilla o La Elegancia de Madrid

En todas las épocas que ha vivido el hombre, la moda ha sido uno de los principales referentes de la sociedad, hasta el punto de marcar diferencias entre unos y otros. De ello sacaron partido algunos sastres, que consiguieron llevarse el gato al agua y alcanzaron fama y fortuna entre las más altas esferas sociales de su momento. En el Madrid del Romanticismo, de Larra y de la reina Isabel, la moda tuvo varios nombres propios, siendo Juan Utrilla, modisto de literatos, ministros y toreros de postín, uno de los principales.

Texto: Mario Sánchez

Como en cualquier otra época, en el Madrid de Isabel II vestir bien era sinónimo de distinción y de clase. Sastres como Ortet, Picón, Bartelet o Álvarez se encargaban de dar un toque de elegancia a todo aquel que requiriese un traje confeccionado en sus talleres. Pero hubo uno que destacó por encima de todos y se convirtió en un punto de referencia inevitable para cualquier figurín deseoso de aparentar una buena posición en la sociedad de aquellos años: Juan Utrilla, el sastre de referencia del Madrid de entonces. Su fama traspasó los muros matritenses y las fronteras de España, llegando su nombre hasta Londres y París, los eternos emporios de la moda, a los que acudía en su continua búsqueda de telas e indicios con los que innovar y mantener su privilegiada clientela.

Maestro en el arte de componer fracs y levitas, prenda que convirtió en su especialidad y que contribuyó a imponer en la moda de entonces, su taller se ubicaba en el antiguo número 16 de la Carrera de San Jerónimo, esquina a la antigua Ancha de Peligros, en lo que se conocía entonces como las Cuatro Calles.

A la impecable habilidad de Juan Utrilla en el uso de tijeras, aguja e hilo se sumó el buen trato que ofrecía a su clientela, lo que no tardó en extender su fama por todo Madrid. Tampoco hay que olvidar las peculiares



La zona de las Cuatro Calles en un plano de Madrid del año 1848. El punto rojo representa el lugar en que se alzó la casa de Juan Utrilla.

confecciones del sastre, cuyas levitas de atrevidos diseños se conocieron por "levitas a la Utrilla", que serían el equivalente a las creaciones de los más trasgresores diseñadores de la actualidad.

Hasta que logró forjar su fama, Utrilla trabajó muy duro, con largas jornadas que le hicieron dormir en más de una ocasión en la mesa de trabajo. También tuvo que hacer frente a ciertas dificultades que a punto estuvieron de arruinar su vida. En agosto de 1838, una luz en un cuarto en el que se almacenaban algodones y estopas provocó un incendio en su taller que fue fácilmente sofocado. Utrilla pudo perder todo en aquel día.

Pero fue en pleno curso de la primera Guerra Carlista donde Juan Utrilla realizó su apuesta

más arriesgada, en la que se jugó casi todo su futuro. Dada la escasez de telas en España a causa del conflicto, el sastre decidió adquirir telas en París, que debían llegar en barco hasta Alicante, lugar desde el que se integrarían en un convoy escoltado por un importante destacamento militar. La caravana fue asaltada en tierras manchegas por la famosa, en su época, facción de los Palillos^[1], que vencieron a la escolta y saquearon los carros. Las noticias del ataque llegaron a Madrid, y a oídos del sastre, lo que le sumió en la más profunda desesperación. Sin embargo, uno de los carros se detuvo poco antes de la emboscada, debido a la rotura de un clavo de una de sus ruedas, y el carretero que llevaba las telas de Utrilla, amigo del accidentado, se paró para ayu-

darle a reparar la oportuna avería. Reparado el desperfecto, ambos reemprendieron la marcha, sin encontrar rastro alguno del convoy ni de los soldados ni, por supuesto, de los asaltantes, continuando tranquilamente hasta Madrid, ajenos a todo lo ocurrido. Utrilla, que se veía inmerso en la ruina más absoluta, tuvo de repente la visión que no esperaba haber visto: un carro se había parado ante la puerta de su taller y su conductor le entregaba el género que había comprado poco antes, en el que había hipotecado su futuro. Sin acabar de creer lo que acababa de vivir, el afortunado modisto quedó con un stock muy importante de ricas telas parisinas en una época en que éstas, muy apreciadas y solicitadas en aquellos años, escaseaban en casi toda España a causa de la guerra.

De esta manera afianzó Utrilla su fortuna y se convirtió en un hombre rico hasta el final de su larga vida.

Por si fuera poco, en 1848 corrió por todo Madrid la noticia de su fallecimiento, que resultó ser falsa.

Entre su selecta clientela figuraron literatos como Mariano José de Larra, siempre un dandi de los pies a la cabeza, cuyos descendientes conservan la levita de paño azul que vestía el escritor el día de su muerte, seguramente confeccionada por Utrilla, José Zorrilla o Bretón de los Herreros. También vistieron sus creaciones el Marqués de Salamanca y el gigantesco, hablando en términos de estatura, Juan Álvarez Mendizábal^[2], conocido

en sus días de gloria como "Juan y Medio" a causa de la portentosa altura, o el popular diestro Juan Mazzantini. Por estas fechas, Utrilla ya era Sastre Honorario de la Casa Real, honor que compartía con Simón del Pozo y Miranda.

En su taller trabajaron algunos oficiales que, más tarde, montarían sus propios negocios, como Ventura Vergara, sobrino político de Utrilla.

Con el tiempo, su nómina de empleados aumentaba, haciendo partícipes de su negocio a sus sobrinos, uno de los cuales fue el célebre sainetero de igual nombre, aquel que perdió el juicio y terminó sus días entre los muros del manicomio que tuvo el doctor Esquerdo en terrenos de Carabanchel Bajo.

Asíduo cliente del Eslava, al que acudía a diario, Utrilla se retiró del negocio y se dedicó a ampliar su fortuna. Por esos años era propietario de diversas fincas, tanto en Madrid como en otras provincias españolas, lo que le permitió vivir holgadamente el resto de sus días, gracias al alquiler de las mismas.

Pero su vejez no iba a ser tranquila. Los planes del excelentísimo, a ratos, consistorio matritense, de ampliar la calle Ancha de Peligros, rebautizada como calle de Sevilla, puso en el punto de mira de la piqueta al viejo edificio en que tuvo su hogar y su trabajo de tantos años. Utrilla no estaba dispuesto a permitir que su casa cayera de esa manera y comenzó una tenaz

oposición, inútil después de todo, puesto que el edificio fue demolido finalmente en 1879^[3] y el sastre se trasladó a una lujosa casa que mandó construir en las afueras de la Villa, en la Plaza de Santa Bárbara. La mansión se hallaba cerca de la antigua cárcel del Saladero y era habitual ver por aquellos parajes a todo tipo de facinerosos y gente de escasa calaña, hecho que le hacía protestar continuamente.

En ella fallecería el célebre sastre Utrilla el 23 octubre de 1885, recibiendo sepultura en el viejo cementerio de la Sacramental de San Isidro.

FUENTES CONSULTADAS

Diario "La Época". Nº 11952, 25 de octubre de 1885.

Semanario "La Ilustración Española y Americana".

Corral, José del. "Casas madrileñas desaparecidas: misterios, amores e intrigas". Sílex Ediciones. Madrid, 2004.

Gómez de la Serna, Ramón. "Elucidario de Madrid". Artes Gráficas Municipales. Madrid, 1957.

San José, Diego. "La tiranía de la moda". Semanario "Nuevo Mundo". Nº. 1733, 13 de enero de 1928. Pág. 13.

VV.AA. "Guía de la Real Casa y Patrimonio. Año 1848". Imprenta de Eusebio Aguado. Madrid, 1847.

^[1]Los «Palillos» fueron unos famosos bandoleros que operaban en tierras de Castilla-La Mancha en los primeros años del reinado de Isabel II.

^[2]Galdós narra en uno de los Episodios Nacionales, el dedicado a Mendizábal, un encuentro entre el político y un empleado de Utrilla dispuesto a tomarle medidas para una levita.

^[3]También fue derribada la administración de loterías que tuvo fama de ser la que más suerte tuvo de Madrid.

El hospital de mujeres incurables

Dentro de la historia de la Beneficencia hospitalaria madrileña figura una institución que en su tiempo llegó a ser meritoria, y que si no es de las que tuvo una vida más larga es una de las que llega más cercana en el tiempo. Es el Hospital Real de Jesús Nazareno, más conocido como el Hospital de Mujeres Incurables.

Texto: Alfonso Martínez



En la esquina de la calle de Amanuel con la Travesía del Conde Duque, donde hoy se levanta un edificio de los años setenta del pasado siglo es donde estaba situado en lo que originariamente fue el Colegio de Niñas de Monterrey, del que se hablará en otro momento.

Su fundación se debe a la Condesa viuda de Lerena y marquesa de San Andrés que desde 1800 tenía solicitado el permiso y que le fue definitivamente concedido en 1803, el día 6 de enero, por Carlos

IV. El primer emplazamiento fue en la calle del Conde Duque esquina a la del Limón donde estaban de alquiler. Después pasó a la actual calle de la Colegiata (antes calle del Burro), de esta a la calle de la Madera ^[1] y, finalmente, en 4 de octubre de 1824 a Amanuel por efecto de la donación del edificio que les hace Fernando VII.

Como su nombre no oficial indica era para mujeres ancianas con enfermedades sin solución médica conocida y carentes de todo medio económico o físico para man-

tenerse por si solas. Esto lo convertía en un asilo más que en un hospital propiamente dicho y, evidentemente, en las anotaciones de sus registros las casillas destinadas a curadas están vacías y llenas las de defunciones, diciéndonos Monlau que estas últimas son de un promedio de cuarenta anuales.

Había excepciones a las enfermedades para ser admitidas, así quedaban excluidas las enfermas mentales y las "que tengan calenturas, úlceras, llagas o que padezcan enfermedades que las puedan

^[1]Citada esta ubicación de Madera por Madoz, no aparece en todos los textos consultados.

causar" (Madoz), es decir las que tuviesen males infecto-contagiosos. Con respecto a la no entrada de dementes, es algo que debió de cambiar en el tiempo, ya que en el artículo de la revista *Alrededor del Mundo* de 24 de abril de 1903 se dice que tanto en este hospital como en su equivalente para hombres, el de Nuestra Señora del Carmen, hasta 1885 "se admitía a todo individuo que padeciese una enfermedad incurable, considerando como tales enfermos a los imbéciles, epilépticos y locos pacíficos". Por otro lado, aparte de las ancianas, existía la posibilidad de ingreso a las niñas huérfanas impedidas. Dentro de las excepciones llama la atención la de las mujeres que hubiesen sido condenadas por la Inquisición. Como institución de carácter nacional tampoco

existían restricciones por causa del origen o precedencia de las enfermas.

En su origen estuvo regentado por una Junta de Damas Tutoras, que ejercían también de curadoras y limosneras, y que estaban tuteladas o asesoradas por un director espiritual y todo bajo el patronato del rey. Estas damas pedían las limosnas tanto en las iglesias como en las casas particulares. Después con el paso de los años la gestión de las Incurables fue evolucionando y pasó a estar dirigido por una junta de beneficencia.

Estuvo considerado como modélico y ejemplar, e incluso en determinados momentos históricos es casi único. Así en 1894, en el número 148 de la *Revista de España*, en el artículo la "Beneficencia Públi-

ca", Clemente Domingo Mambrilla señala que de los dieciocho hospitales previstos en el Reglamento de la Ley de 1849 sobre esta materia, solo están en funcionamiento, este, el de hombres de la calle de Atocha, ya citado, y el del Rey en Toledo, que era mixto. Por cierto que en aquella época existían opiniones contrarias al mantenimiento de estos asilos/hospitales que propugnaban su cierre y que la asistencia a los enfermos se hiciese en casas particulares, tal y como era costumbre en el medio rural donde se pagaba a los labriegos para que cuidasen de los paralíticos y otros impedidos.

La máxima capacidad del Hospital de Jesús Nazareno llegó a ser de 110 camas. Estaba dividido en seis salas sin ninguna separación por el ti-



Grabado de la Ilustración Española y Americana del 05/04/1871 donde se ve a la mujer de Amadeo de Saboya, la reina Maria Victoria, visitando el hospital cuando llegó a España.

po de dolencia de las ingresadas ya que se entendía que las enfermedades eran del mismo estilo (Madoz llega a decir que sus males son análogos). Dichas salas se distinguían por un nombre religioso: Santa María, San Fernando, Santa Ana, Santa Isabel y San José. La de Santa Isabel estaba más apartada que las otras y en ella se colocaba a "las que se ponen chochas o locas seniles" (sic) (Madoz). La de San José estaba destinada a las de pago, que en un momento determinado llegaron a representar la mayor fuente de ingresos del hospital.

La dotación de personal no debió ser muy poca, teniendo presente los tiempos que corren. Contaba a mediados del XIX con: 20 hermanas de la Caridad, dos doctores, que se alternaban mensualmente, dos practicantes, un portero, un mozo de cocina, tres lavanderas, dos demandantes (los encargados de pedir las limosnas), mozos de acarreo, un encargado de la noria, etc. Aparte del personal sanitario tenemos al capellán, encargado de velar por la salud espiritual y estaba previsto que tuviese una serie de monjas de clausura con su correspondiente noviciado, pero esto no llegó a realizarse, según nos dice Florentina Vidal Galache.

Parte del personal vivía entre los muros del caserón de Amaniel. Los médicos visitaban a las enfermas dos veces al día y la comida estaba tasada conforme a los criterios científicos más rigurosos del siglo XIX.

El mantenimiento económico era la parte realmente complicada. Madoz nos detalla las partidas de gastos e in-

gresos y es de una desproporción gigantesca: 246.628 reales de gasto frente a los 89.965 de ingresos (de estos, 50.000 reales procedían de las hospitalizadas de pago).

Parece ser que estuvo en funcionamiento hasta la llegada de la II República. Entre 1812 y 1815 permaneció cerrado por la miseria que trajeron las guerras napoleónicas y en ese año de 1815, abriéndose por disposición real solo acogió a seis enfermas. El 8 de julio de 1851 hubo un incendio que destruyó diecisiete casas en las manzanas comprendidas entre la travesía del Conde Duque, Amaniel, Cristo y el Limón. Ese incendio dejó al Hospital en bastante mal estado.

En el año de 1952, en fecha de 20 de junio, se re-inauguró otro hospital de idéntico nombre (ABC de 17 de julio de 1952) en la zona que se encuentra entre la Ventilla y el Calero, en las cercanías de la plaza de Castilla. Según el artículo consultado las características de este nuevo hospital eran similares a las del desaparecido: institución religiosa de caridad para mujeres paráliticas e incurables. Llama la atención que la capacidad en ese año representa menos de la mitad de la que tuvo en el siglo XIX, tan solo sesenta y dos enfermas.

Como ya dicho, el edificio siguió en pie hasta fines de los años sesenta o principios de los setenta del siglo XX en que se tiró abajo para construir el edificio que actualmente. No es mucho lo que he encontrado en cuanto a su descripción, sobre todo teniendo presente que tampoco es tan lejana su desaparición, pero todo hace pensar que no debió ser una construcción de

mérito, pero curiosamente Mesonero lo trata de "precioso".

Tenía una iglesia con la entrada por la travesía del Conde Duque y estaba abierta a todo el mundo. Poco más que hablar de ella, salvo que Velasco Zazo nos dice que era muy pequeña, que su retablo procedía del convento de San Joaquín (el de los Afligidos) y que tenía un torno similar al de la Inclusa y al del Refugio para niños abandonados.

FUENTES CONSULTADAS

- "Madrid, Audiencia, Provincia, Intendencia, Vicaría, Partido y Villa". Pascual Madoz. 1848.
- "Madrid en la Mano" Pedro Felipe Monlau. 1850.
- "El Antiguo Madrid". Ramón de Mesonero Romanos. 1861.
- "Las calles de Madrid". Pedro de Répide.
- "Recintos sagrados de Madrid". Antonio Velasco Zazo. 1951
- "El Madrid desaparecido". M^a Isabel Gea Ortigas. 1992.
- "Ser viejo en Madrid. El Hospital de Incurables de Jesús Nazareno y otros centros de asistencia a los ancianos". Florentina Vidal Galache. 1993.
- "La Beneficencia Pública". Art. de "Revista de España" número 148 de septiembre 1894. Clemente Domingo Mambrilla.
- "Los incurables de Madrid". Art. de "Alrededor del Mundo" de 21 de abril de 1903. Miguel Medina.
- "Los ministros de la Gobernación y Hacienda visitaron...." Art. de ABC de 17 de julio de 1952.

Perico Manguela

o el arte de la esgrima económica

Injustamente olvidado por la posteridad, Perico Manguela fue un hombre eminentemente práctico, que supo sacar el máximo provecho posible de las oportunidades y recursos que se le brindaron. Su vida fue todo un ejemplo de economía práctica y una guía que ha inspirado a todos aquellos que, sin tener el bolsillo saneado, huyen con empeño de la bíblica maldición “ganarás tu pan ...”

Texto: Pablo Jesús Aguilera

En tiempos difíciles como los que atravesamos se impone encontrar soluciones prácticas que nos ayuden a llegar a final de mes pasando los menos apuros posibles. Matemáticamente la cuestión se reduce a incrementar nuestros ingresos o a reducir nuestros gastos. Parece sencillo, ¿verdad? Pero analicemos las dos proposiciones con mayor detenimiento:

Para aumentar ingresos o bien nos toca un buen pellizco en la lotería – opción harto improbable - o buscamos un segundo empleo. Pero encontrar una segunda colocación tal y como está el mercado laboral no es sencillo. Bastante es que mantenemos una.

Por otra parte reducir nuestros gastos puede tornarse en algo desagradable y complicado. ¿Qué resulta más prescindible? ¿Cómo ponderar un capricho? ¿Por qué renunciar a esas pequeñas cosas que nos hacen la vida tan agradable? Como es obvio, la cuestión puede ser especialmente complicada cuando se vive en pareja.

Sin embargo, queda aún una alternativa, una tercera vía: practicar la esgrima económica, es decir, el popular sablazo. La historia está salpicada de grandes hombres que han hecho de él una forma de vida y nuestra ciudad, cuna de ilustres personajes, nos ha brindado un buen ramillete de ellos. Pero quizás ninguno haya comprendido su esencia con tanta profundidad e intensidad como lo hizo Perico Manguela, que hizo de vivir del prójimo un arte, y aunque la posteridad le ha negado una estatua o tan siquiera una calle dedicada no cabe duda de que Perico, Don Perico, la mereció.

Fue el Madrid de los años finales del XIX y los que dieron comienzo al XX el escenario de sus andanzas. Hombre de mundo, gustaba de vestir con elegancia, apelando para ello al bolsillo ajeno, pues siempre hubo quien le pagó el sastre o quien le prestaba la ropa blanca.

Solía encontrarse a nuestro en hombre en los cafés, su hábitat favorito. Excelente conocedor de la psique seleccionaba cuidadosamente su objetivo. Tras fijarlo, su modus operandi consistía en sentar-

se con toda naturalidad a su mesa, sin que hubiera mediado para ello invitación alguna, puesto que no la necesitaba. Gran conversador, entablaba con desparpajo y afabilidad conversación con sus sorprendidos y apurados compañeros de mesa, mientras pedía con naturalidad su consumición al camarero, que bien podía ser desde un bistec con patatas a un café, según fuera la hora de día o su apetito. Finalizado su refrigerio se despedía cordialmente sin pagar, fiel a sus principios, dejándose convidar con ese savoir faire del que sólo pueden hacer gala los que dominan perfectamente su profesión. En otras ocasiones abordaba a algún transeúnte en la vía pública, sacándole algunas monedas con el pretexto de un apuro y con la promesa de una pronta devolución que nunca se materializaría.

Poseía además Manguela gran capacidad para transformar, cual prestidigitador, los objetos que le prestaban en papeletas de empeño, cuyo importe iba a engrosar su bolsillo en perjuicio de sus legítimos dueños. Libre de prejuicios jamás hizo discriminaciones, y con la misma sencillez que se hacía invitar desinteresadamente al teatro gustaba de presentarse en casa de alguien a la hora de almorzar para hacerlo en compañía de sus anfitriones.

Fue un personaje muy popular en su época, que gozó del reconocimiento que sus artes le valieron. La prensa local se hizo eco de algunos de sus métodos y ocurrencias, que si bien inspiraron a muchos, ninguno llegó a alcanzar la categoría y el renombre que tuvo su maestro, D. Perico Manguela.

FUENTES CONSULTADAS

La risa. Periódico ilustrado, cómico y humorístico. Madrid, 26 de febrero de 1888.

El Motín. Periódico satírico semanal. Madrid, 19 de abril de 1888.

La época. Últimos telegramas y noticias de la tarde. Madrid, 12 de enero y 6 de agosto de 1896.

ABC. Madrid, 16 de junio de 1903.



José Aparicio Inglada.
«El hambre en Madrid»

Un episodio de la Guerra de Independencia: El hambre en Madrid (1811- 1812)

Texto: Pablo Jesús Aguilera

En el Museo Municipal de Madrid se encuentra en depósito un cuadro fechado en 1818, obra del alicantino José Aparicio, que fue pintor de Cámara de Fernando VII. El lienzo, propiedad del Museo del Prado y de 315x437 cm., nos muestra en primer plano a un grupo de famélicos personajes, desarrapados, alimentándose unos de sobras o despojos y otros desfallecidos o ya muertos; un hombre rechaza el pan que unos soldados franceses les ofrecen y al fondo, en segundo plano, un majo es retenido por su mujer de su intento de atacar a los militares.

El título del óleo es «El hambre en Madrid» y hace referencia a la terrible hambruna que sufrió la capital entre 1811 y 1812 y que costó la vida de no menos de 25.000 personas de una población que por aquel entonces rondaba los 175.000 habitantes.

Causas

El origen de tan tremenda calamidad cabe situarlo en las malas cosechas que se habían dado unos años antes, entre 1803 y 1806, carestía que se vería agravada de manera drástica con el inicio de la guerra en 1808. El conflicto, que se extendería durante seis años, motivó que muchos cultivos fueran arrasados o que se abandonaran por falta de mano de obra. Esto causó una espectacular subida de precios de los alimentos, que motivó a su vez una hambruna generalizada por toda España que afectó tanto a franceses como a españoles, si bien la población civil fue la más perjudicada. Como apunta D. Emilio de Diego el hambre será "la gran catástrofe de la guerra de 1808 a 1814", y dentro de este periodo hay que destacar el año de 1812 como el peor, un año de hambre extrema en todo el país. Nicolás Marcel, militar francés que había participado en la campaña de Alemania de 1807 y en la de España desde finales de 1808, narra en sus memorias cómo había visto "[...] a gente acomodada disputar a los perros pedazos de caballos o de mulos muertos hacía seis días [...] un niño que acababa de morir de inanición fue comido por sus pequeños compañeros, que devoraban delante nuestro sus miembros descarnados [...]".

Esta situación de escasez y hambruna fue especialmente grave para Madrid, ciudad dependiente para su subsistencia del abastecimiento por parte de otras ciudades; sirva como ejemplo que de las 782.874 fanegas de trigo que se consumieron en 1789 en la capital tan sólo 9.235 se habían cosechado en tierras de la Villa. Por otra parte, las pocas remesas que llegaban a la capital solían ser requisadas por las tropas francesas de ocupación o interceptadas por los guerrilleros, cuyas actividades dificulta-

ban las líneas de abastecimiento y comunicación. Todo ello motivó que apenas entraran alimentos en la capital y que los pocos que lo hacían alcanzaran precios exorbitantes. Así, la fanega de trigo que costaba alrededor de 60 reales a comienzos de 1811 vio cómo su precio se disparaba hasta multiplicarse por nueve en la primavera de 1812, cuando alcanzó los 540 reales; teniendo en cuenta que de una fanega se obtenían unos cuarenta panes de dos libras – que era el peso usual de venta por entonces - resulta que la pieza de pan, el alimento fundamental y a veces casi único para gran parte de la población madrileña, salía por unos 12-13 reales, que era más de los que muchos madrileños recibían como jornal en un día.

La falta de víveres provocó además motines y revueltas y fueron varios los almacenes, tahonas y puestos de mercado asaltados y saqueados.

1811 – 1812

El periodo crítico se inició en septiembre de 1811, alcanzando su punto álgido en el verano de 1812. Aquellos que podían huían de Madrid, una ciudad que

ofrecía un aspecto dantesco. La gente moría a centenares, muchos de ellos implorando caridad por las calles, de donde eran recogidos sus cadáveres dos veces al día por los carros de las parroquias. Estas atroces circunstancias originaron pronto la aparición de enfermedades, tales como el tifus o la disentería, que se agravarían con la llegada del calor causando estragos entre la desdichada población. Consultando los libros parroquiales de defunciones de estas fechas es común encontrar junto a la "falta de alimento" o "pobreza y necesidad", las "calenturas pútridas" o "tabardillos" como causas de fallecimiento.

Medidas

Una de las disposiciones emprendidas por las autoridades municipales para intentar paliar la situación fue permitir la distribución entre la población del pan de munición que se venía suministrando a los reclusos desde noviembre de 1811. Este pan estaba compuesto de una pequeña cantidad de trigo a la que se añadía maíz, cebada, centeno y almortas. La almorta también se consumía en unos bocadillos de cebolla que vendían los barquille-



Francisco de Goya y Lucientes. "Los desastres de la guerra: «Gracias a la almorta»"

ros, o en gachas.

Hay que resaltar que además de la malnutrición causada por una dieta tan pobre, la almorta contiene neurotoxinas, por lo que la continua ingesta de esta gramínea puede provocar una enfermedad que se conoce como latirismo. En realidad hay dos tipos de latirismo: el osteolatirismo –que ataca a los huesos y al tejido conectivo– y el neurolatirismo -que ataca al sistema nervioso central, causando parálisis crónica en las piernas, impotencia, dificultades para retener la orina e incluso retrasando el crecimiento en los niños-. Este mal se conocía ya desde los tiempos de Hipócrates.

Las juntas de beneficencia y las diputaciones de los barrios repartían limosnas entre las familias más necesitadas, lo que sólo solucionaba puntualmente el problema. Cuando el padre de Mesonero Romanos, perteneciente a la diputación de su barrio en virtud a su situación social, regresó una mañana a una buhardilla que había visitado el día anterior para llevar alguna ayuda, de los ocho miembros que componían la familia que allí vivía tan sólo quedaba con vida uno de ellos.

José I, por su parte, visitó las zonas más pobres de la capital distribuyendo limosnas y destinó la mitad de sus ingresos, empeñando incluso en París algunos de sus bienes, para conseguir dinero con el que comprar trigo. Mandó elaborar pan en las cocinas de Palacio que luego sus soldados y criados distribuían entre el pueblo, pero eran muchos los que -como describe el cuadro de José Aparicio- lo rechazaban por venir de manos del enemigo.

¡Viva el pan a peseta!

Sería un acontecimiento acaecido en tierras salmantinas el que marcaría el fin de tan calami-

tosas circunstancias: en los Arapiles, el 22 de julio de 1812, el ejército anglo-hispano-portugués dirigido por Wellington derrotaba a las tropas del mariscal Marmont, lo que le dejaba expedito el camino de la capital. Las líneas de comunicación volvieron a abrirse, facilitando la llegada de víveres y motivando la bajada de precios.

Ante la amenaza del ejército de Wellington avanzando hacia Madrid, la noche del 10 de agosto los franceses abandonaban la capital. Para avanzar lo más rápido posible dejaban en Madrid a varios centenares de heridos y enfermos recluidos en el hospital de El Prado, custodiados por el general Lafon Blaniac, que al frente de una guarnición de dos mil quinientos hombres y alrededor de doscientas piezas de artillería se había acuartelado en el Retiro. Para ello los ingenieros franceses habían levantado barricadas y convertido la Real Fábrica de Porcelana del Retiro en

una fortaleza.

El día 12 las partidas de El Empecinado y El Médico entraban en la ciudad y poco después, por la Puerta de San Vicente, lo hacía Wellington al frente de sus tropas, saludadas por el repique de todas las campanas de la ciudad y aclamadas entre vítores y algún que otro grito de “¡Viva el pan a peseta!”

Atacada la guarnición francesa de El Retiro la tarde del 13 se rendiría a la mañana siguiente.

Pero si bien la momentánea liberación de Madrid -volvería a manos francesas a finales de 1812- contribuyó a mejorar la situación de la capital, los niveles de población no empezarían a recuperarse hasta 1814.

Mesonero Romanos siempre conservó en su escritorio un mendrugo de pan duro, en recuerdo de aquellos trágicos acontecimientos que le tocaron vivir siendo niño.

FUENTES CONSULTADAS

- El año del hambre en Madrid. Manuel Espada Burgos.
- La alimentación de Madrid en el XVIII y otros estudios madrileños. Vicente Palacio.
- Memorias de un setentón. Ramón de Mesonero Romanos.
- La población de la Villa de Madrid. María F. Carbajo.
- Madrid en la mano o El amigo del forastero en Madrid y sus cercanías.
- Campagnes du Capitaine Marcel du 69e de ligne en Espagne et en Portugal 1808 - 1814.
- Historia del levantamiento, guerra y revolución de España. José María Queipo de Llano, conde de Toreno.
- España, el infierno de Napoleón. Emilio de Diego.
- Wellington en Madrid. Miguel Martín Mas. Revista Madrid Histórico nº5.
- Bioquímica de los alimentos. Miguel Calvo.

Madrid. Guía Visual de Arquitectura

crítica literaria: Julio Real

FICHA TÉCNICA

Ilustraciones: Pedro López Carcelén y José Manuel Castellanos Oñate.

Textos: Isabel Gea Ortigas.

Editorial: La Librería.



La portada del libro llama inmediatamente la atención. Sobre un fondo en blanco inmaculado resaltan una serie de edificios de Madrid de muy diferentes épocas que se agrupan en atractiva mezcolanza.

El formato apaisado del libro viene más que justificado por la distribución en doble columna de la mayoría de sus páginas, en cada una de las cuales se alternan imágenes y texto.

Es difícil destacar un aspecto concreto de la obra. Esencialmente es un trabajo visual y aquí los autores hacen un magnífico alarde de virtuosismo técnico y artístico para reflejar en sus ilustraciones, de forma absolutamente nítida, las características estructurales y ornamentales de cada uno de los edificios. Su estilo de dibujo, limpio, sencillo (sólo en apariencia) y enormemente conciso, pero sobradamente dotado de detalles al mismo tiempo, hace que tu mirada se detenga en cada uno de los edificios reflejados facilitando su comprensión global y, al mismo tiempo, imbuyéndote de detalles ornamentales básicos que habitualmente pueden pasar desapercibidos. Esa limpieza en el trazo de los precisos dibujos arquitectónicos no deja de recordar la pureza de la "línea clara" que en el contexto del mundo del cómic elevó a su máximo grado el maestro Hergé en las aventuras de su universal personaje Tintín.

Los planos de planta de los edificios, los cortes transversales de los mismos, las recreaciones de las dis-

tintas áreas urbanas de nuestra ciudad en diferentes épocas de nuestra historia, y variados y numerosos croquis, "clarifican" a nuestros ojos el devenir arquitectónico y urbano de Madrid. Se aprecia el trabajo meticuloso, esforzado y al mismo tiempo vocacional por su dedicación en la labor esmerada de sus ilustradores.

Complemento imprescindible a tan bellas y didácticas ilustraciones, son los textos que las acompañan. Concisos y certeros, ajustándose a un espacio limitado por las características de la obra, denotan a una escritora que hace de la descripción de Madrid su trabajo y su pasión. Evitando la retórica desmedida que puede llegar a desorientar al lector en la comprensión del elemento edilicio que está siendo descrito, consigue aportar los datos básicos, entrando en el meollo de su descripción de manera atinada, tanto en lo que se refiere al momento histórico en que se edificó y el arquitecto que lo trazó, como a las principales características arquitectónicas del mismo. Y no falta ningún dato esencial; y tampoco sobra. Notable la capacidad de síntesis de la autora de los textos, conocida por describir los mínimos pormenores de tan variados aspectos que atañen a nuestra ciudad en numerosos libros publicados.

Los autores conjugan en este trabajo, el buen hacer artístico de un experimentado y documentado ilustrador como es reconocido Pedro López Carcelén, la profesionalidad y cualificación técnica del arquitecto y profesor José Manuel Castellanos, y la erudición y habilidad literaria de la

escritora y periodista Isabel Gea.

En resumen. Una obra absolutamente recomendable para los amantes de la historia y del patrimonio histórico, artístico y arquitectónico de nuestra ciudad que creen conocer bastantes aspectos del mismo; por esa razón no dejarán de apreciar la belleza de esta obra. Asimismo, imprescindible para el neófito que comienza a introducirse en la exploración de las riquezas patrimoniales que desde la fundación islámica de nuestra Villa, y hasta el momento presente, no han dejado de sembrarse por las distintas generaciones de madrileños.

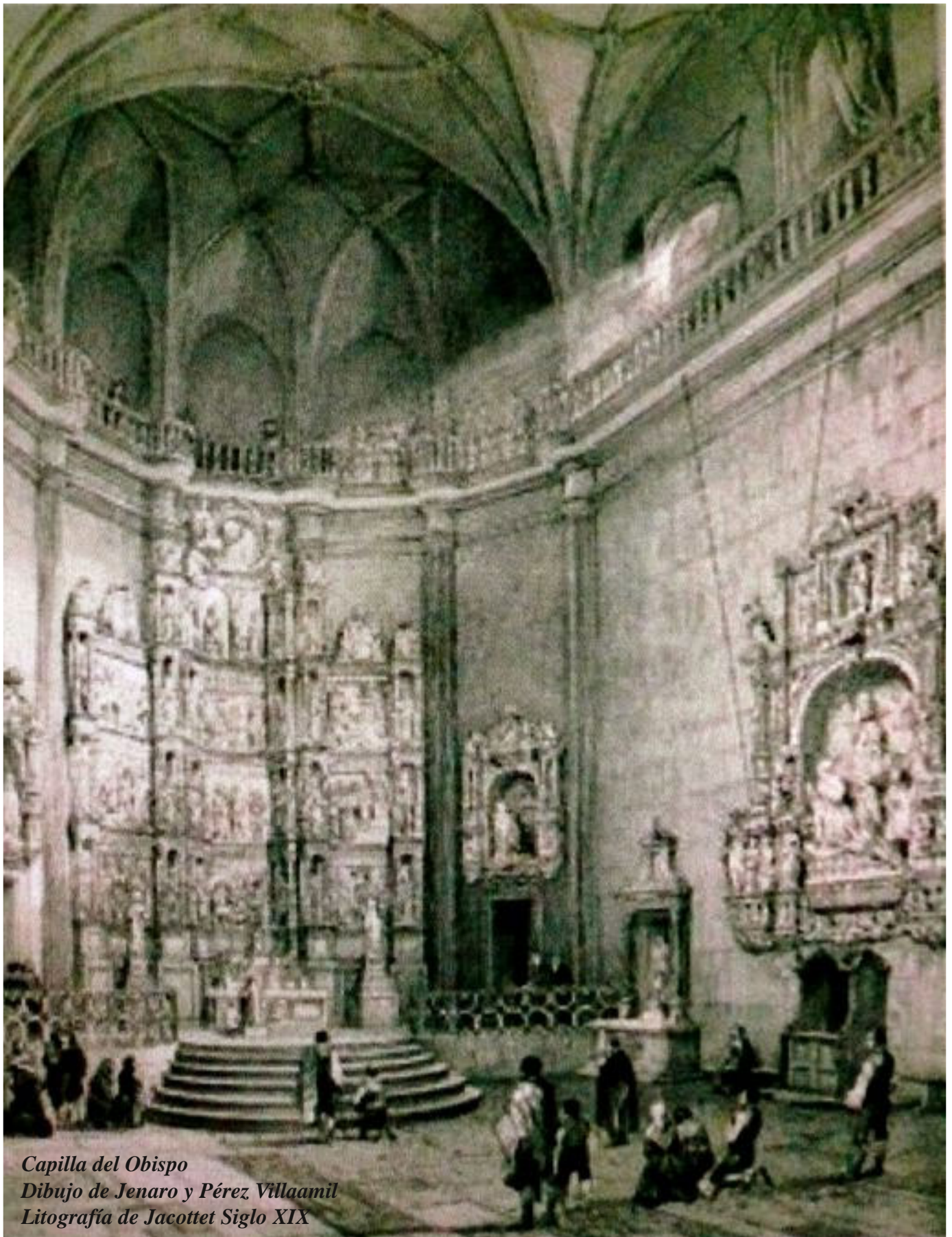
De esta manera podremos recorrer la historia arquitectónica de nuestra ciudad. Partiremos de las primeras cabañas neolíticas de las riberas del Manzanares y de las agrupaciones urbanas protohistóricas, como el poblado carpetano de La Gavia (en el actual distrito de Villa de Vallecas), para llegar hasta las realizaciones más recientes y vanguardistas de nuestra arquitectura más internacional, como la "Caja Mágica" o el gran centro de negocios CTBA, más conocido como las "cuatro torres". Todo ello sin olvidar el habitualmente poco tratado período medieval madrileño, pasando por los más gloriosos momentos del Madrid de los Austrias y de la época borbónica.

Yo les aconsejaría que no dejaran escapar la oportunidad de hacerse con un ejemplar para disfrute propio y, por supuesto, para regalar. Lo agradecerá y se lo agradecerán.

La calle de Chopa

Nadie recuerda la calle con este nombre. Ni siquiera se la conoce mucho con su actual topónimo urbano. Y está en el corazón del Rastro.

Texto: Anne Barcat



*Capilla del Obispo
Dibujo de Jenaro y Pérez Villaamil
Litografía de Jacottet Siglo XIX*

Es muy corta y estrecha. En otros tiempos, fue extremadamente estrecha. Los vecinos casi podían dar la mano a los de enfrente, para saludarlos desde su ventana. Pedro de Répide sólo habla de la calle de Chopa en *El Madrid de los Abuelos*. Dice que era “tan estrecha, que una bicicleta sería el único vehículo que podría pasar por ella, si su empedrado no fuera tan adverso a los neumáticos como a la planta de los pies.”

Hoy no se llama como antaño. Es la calle de Rodrigo de Guevara, un corto atajo que une la calle de Santa Ana y la de Mira el Río Alta, cerca de la plaza de Vara de Rey. En la obra *Las calles de Madrid de Répide*, no encontramos esta calle bajo ningún nombre.

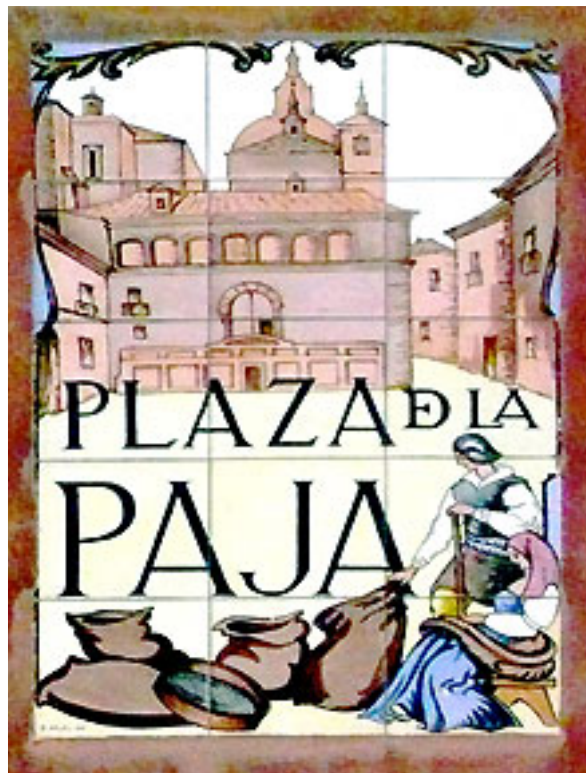
Sus casas, actualmente, han cambiado porque fueron restauradas, dejando más espacio a la calzada y las aceras. Su suelo está en buenas condiciones. Todo lo pintoresco del pasado de este callejón ha desaparecido. Las fachadas están limpias, discretas y es un lugar tranquilo. Son ocho números, cuatro pares y cuatro impares.

Hace mucho, mucho tiempo, cuando Madrid empezó a ser la capital del Imperio, la calle de Chopa no era calle, era sólo un gran huerto con un estanque, álamos y sauces, cuyo propietario se apodaba “Chopa”; en él jugaban, o se reunían para estudiar, dos adolescentes. Uno se llamaba Rodrigo y era el hijo de Chopa, el otro se llamaba Miguel. Juntos recibían clases en los Estudios de la Villa y juntos también cantaban, Rodrigo el que más, en la Capilla del Obispo de la plaza de la Paja.

Rodrigo enfermó de viruelas. Ingresó en el hospital de San Lázaro en la Cuesta de la Vega y su amigo no quiso dejarle solo, ni un momento. Por suerte, Miguel no se contagió y Rodrigo se curó, muy debilitado.

Estos grandes amigos eran Rodrigo de Guevara y Miguel de Cervantes. Dos vidas que empezaron paralelas y tomaron rumbo diferente. La memoria de Cervantes, Príncipe de los Ingenios, quedó inmortal, principalmente gracias a su obra *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Rodrigo siguió con su tranquila vida, pero su recuerdo se perpetuó en la Capilla del Obispo: Afirma Répide que su cabeza está esculpida en el sepulcro de Don Gutierre de Vargas y Carvajal, obispo de Plasencia, en medio de “alegorías, niños de coro, relieve de la Oración del Huerto, y mil gentilezas del plateresco más rico y espléndido. Labrado todo en alabastro, (...) por escultor desconocido, que puede ser el mismo autor del retablo, Francisco Giralte.” (Elías Tormo, *Las iglesias del antiguo Madrid*). Y la Villa le rindió el honor de poner su nombre a una callejuela.

Pasé por la calle de Chopa sin conocer su historia. Nunca pude ver las maravillas de la Capilla del Obispo.



Placa con el nombre de la Plaza de la Paja



Placa con el nombre de la Calle de Rodrigo de Guevara, antes llamada Calle de Chopa



Con esta foto, estrenamos la sección "Madrid, a vista de gato". La elección de esta foto está llena de significado para mí, y es que haciéndola tomé consciencia del nacimiento de mi nueva pasión por Madrid y su historia.

Desde pequeño había pasado constantemente por la calle Bravo Murillo. Durante años he trabajado frente a este monumento y como tantos otros madrileños, pasé sin ni si quiera mirar ni preguntarme: ¿Quién fue este señor?.

Un día me paré, miré y descubrí un mundo nuevo. Desde entonces intento ver la ciudad siempre con nuevos ojos.

Monumento a Juan Bravo Murillo (1803 - 1873)

Texto y foto: Juan Antonio Jiménez

Siento alcalde Alberto Aguilera, se decidió "embellecer" la ciudad para la coronación de Alfonso XIII. Así surgió el proyecto de hacer un monumento a Juan Bravo Murillo. El Autor es Miguel Ángel Trilles y el emplazamiento original fue en la Glorieta de Bilbao. A principios de los 60 el ayuntamiento decidió moverlo a José Abascal en la esquina de los Jardines del Canal.

En su traslado el monumento sufrió algunos cambios en el pedestal, que ya no guarda relación con los de otros monumentos hechos para celebrar la coronación de Alfonso XIII. También faltaba la figura femenina alegórica. La reconstrucción se encargó a Antonio Navarro Santafé.

A día de hoy está situado en la esquina del Canal entre las calles José Abascal y Bravo Murillo. La razón de que esté situado en dicho emplazamiento tiene su explicación: Juan Bravo Murillo fue ministro bajo el mandato de Isabel II, y llegó a ser presidente del gobierno en 1851. Uno de sus mayores logros fue la construcción del Canal de Isabel II. También fue quien trajo el sistema métrico decimal a España.

Casa Palacio de Ricardo Angustias

Texto y foto: Juan Antonio Jiménez



la disposición de unos miradores sobre los aleros laterales para remarcar la silueta del nuevo edificio y se emplearía una decoración pictórica sobre estuco en el último piso y parte del torreón, a su vez, embellecido con una columnata y rematado por cubierta.”.

A parte de las obras acometidas para elevar en dos alturas, el edificio sufrió una gran reforma y acondicionado para que fuera todo uno. El nexo de unión fue el embellecimiento de los elementos exteriores: balcones, ventanas, ménsulas y otros elementos de la fachada, dando como resultado la Casa Palacio que hoy podemos ver en la Plaza de Ramales.

La Plaza de Ramales

Situada muy cerquita del Palacio Real. Es uno de los puntos típicos si se quiere conocer el barrio de Sol. En esta plaza se levantaba la iglesia de San Juan, pegada a la que aún existe que es la Iglesia de Santiago, en cuya cripta se supone que se enterró a Don Diego Velazquez en 1660. El ayuntamiento de Madrid obtuvo un cuerpo en las excavaciones pero más tarde se demostró por las vestimentas del cuerpo momificado que no se correspondían con las que llevaba el famoso pintor tras su muerte. Tras las excavaciones quedan unas piedras en el suelo

Situada en la Plaza de Ramales número 1. Fue construida entre 1920 y 1922 por el arquitecto Cayo Redón y Tapiz que reformó un edificio ya existente, elevándolo en dos nuevas plantas de forma que el resultado recuerda a un torreón medieval.

Según leemos en algunas webs bien documentadas, la dificultad para acometer la obra era patente, y residía en cómo pasar de un número par de ventanas en la fachada principal a una solución final con una torre y una única ventana. La opción por la que el arquitecto se decidió fue pasar a cinco ventanas antes de la torre y resaltar las tres centrales por medio de una balconada que las cubría. “Sobre las dimensiones de este balcón se proyectarían las del torreón. Esto se reforzaría con

lo que recuerdan donde estuvo el ábside de la iglesia, un pequeño monumento, una placa en la pared que lo recuerda, y en el suelo, integrado con las losetas, placas de metacrilato para contemplar los restos de las excavaciones arqueológicas de aquella búsqueda.

El 29 de julio de 1994, en un atentado de Eta, que le costó la vida a tres personas, el edificio sufrió daños menores y roturas de cristales. Un dato anecdótico es que la imagen de la virgen que hay en una hornacina en el lateral de la casa se salvó. Sólo se rompió el cristal. Los vecinos del edificio procedieron a cambiar inmediatamente el cristal. Lamentablemente en ese atentado hubo pérdidas que no se pudieron reemplazar.

Colabora con La Gatera de la Villa

Os animamos a colaborar con nosotros en los contenidos de La Gatera de la Villa de forma altruista y desinteresada.

No os queremos abrumar con una enumeración exhaustiva de las condiciones técnicas o tipográficas que han de revestir los textos que remitáis. Por ello, nos limitamos a informaros que los textos se deberán remitir en documento Word (preferiblemente en Arial 12) o PDF, acompañándolos con las imágenes que creáis oportunas para complementarlos. En principio, no hay límite de extensión de los textos, siempre que el interés de los mismos así lo demande, y en todo caso siempre podrían fraccionarse a lo largo de varias entregas.

La temática, eso sí, ha de estar referida a la ciudad de Madrid y su Comunidad Autónoma, sin cortapisas de ningún tipo, pudiendo los textos versar sobre aspectos de su historia, arte, tradiciones, patrimonio histórico-artístico, folclore, leyendas, etc., etc., etc.

Eso sí, y, como seguramente muy bien imagináis, en ninguna circunstancia se admitirán textos en los que se pueda inferir algún tipo de apología de discriminación en razón de raza, sexo, nacionalidad, cultura, idiosincrasia, etc. Por la misma razón, serán inadmitidos todos aquellos textos en los que se pretenda ejercer algún tipo de proselitismo o propaganda a favor de cualquier ideología, ya sea política, religiosa, o filosófica como, asimismo, cualquier tipo de ataque o crítica sobre los mismos. Se rechazarán, igual-

mente, aquellos textos que puedan representar apología del terrorismo o de la xenofobia.

Los artículos o ensayos breves que aportéis a LA GATERA DE LA VILLA, no implican la concesión o traspaso de su titularidad exclusiva a la misma. De esta forma, los autores, una vez publicados los mismos en este blog, podrán disponer de dichos textos para su publicación en los medios que consideren oportuno.

Esta es una página cultural de Madrid sin ánimo de lucro, completamente desvinculada en su línea editorial de cualquier corriente política, ideológica y religiosa. Somos amantes del librepensamiento y de la libertad de opinión, con una orientación humanista y democrática de la sociedad, respetuosa de las distintas sensibilidades que son amparadas dentro del mundo occidental democrático, conformadas básicamente en nuestra vieja Europa por la rica herencia de la filosofía griega, el Derecho Romano y el Cristianismo, trinidad idiosincrática condensada y racionalizada por la Ilustración en el siglo XVIII, y esperamos contar con vuestro apoyo y comprensión en nuestra postura.

Contando con estos presupuestos y, sobre todo, con la vocación absolutamente inquebrantable de constituir un blog de inquietudes puramente culturales y divulgativas de nuestro ámbito comunitario, os animamos a que participéis con la ilusión de descubrirnos nuevos aspectos, desconocidos para nosotros y muchos de nuestros lectores, seguramente, y que para vosotros constituirán, posiblemente, acervo viejo y ya manido de tan conocido.

CRÉDITOS

La Gatera de la Villa la forman:

Julio Real González
Alfonso Martínez García
Pablo Jesús Aguilera Concepción
Mario Sánchez Cachero
Juan Pedro Esteve García
Luis Gómez
Juan Antonio Jiménez Torres

Puedes enviar tus colaboraciones a
gatera.villa@gmail.com
<http://www.fotomadrid.com/gatera-villa.php>

En este número han colaborado:

Alejandro Blanco, con la foto de "Ramón, el León de la Fuentecilla", página 4

Anne Barcat Bouchery, con el artículo "La Calle de Chopa", página 16

Esta revista ha sido maquetada por
Juan Antonio Jiménez Torres